

UNO

Mari, dónde estás? El restaurante está por llenarse!

Marisa Carnesecca hizo una mueca y luego respondió.

Estaré allí tan pronto como pueda. Solo dame un minuto.

Un minuto?, le reprochó su padre. Nuestra fuente de trabajo se viene abajo, y nuestro hogar pende de un hilo, y tú necesitas “un minuto”?

Sí, respondió Marisa. Ya casi termino. Estaré allí enseguida.

Puso los ojos en blanco e inmediatamente después se arrepintió de haberlo hecho. La interfaz de su djinni podía soportar el movimiento involuntario de los ojos, pero un gesto tan dramático como ponerlos en blanco y llevarlos hacia atrás (y Marisa había actuado muy dramáticamente) era tan desastroso como desplazar torpemente el dedo sobre una pantalla táctil de una punta a la otra. Las aplicaciones y los íconos en su visión se balanceaban ahora por todos lados, esparciéndose y alcanzando todos los rincones de aquel café tan elegante en el que se había sentado. Parpadeó rápidamente sobre cada uno de ellos para devolverlos a su lugar correspondiente. Lo más importante era la lista de órdenes para el almuerzo: cada persona que enviaba una orden al Solipsis Café dejaba un rastro digital, y ella había estado esperando allí en la red del café para revisar todas esas órdenes a través de su djinni, una supercomputadora implantada directamente en su cerebro. Las órdenes de almuerzo aparecían cada algunos segundos en una lista que su djinni proyectaba en sus implantes oculares. La lista parecía flotar en el aire frente a ella, aunque nadie más podía verla, claro.

Y eso resultaba bastante práctico, porque espiar la red de alguien más era ilegal.

Marisa encontró la conversación con su padre y la arrastró hasta el centro de su visión. Un mensaje brillaba justo al final, de tono molesto, y esperaba una respuesta.

8



Es la hora más transitada del almuerzo,
morena. No podremos hacerlo sin ti.

Sé que es la hora del almuerzo, respondió
Marisa. Por qué crees que estoy donde estoy?

Porque... no quieres ayudarnos con el almuerzo
aquí?

Marisa se aseguró de no revolear tanto los ojos esta vez. En su lugar, cerró los ojos y apretó bien fuerte los puños, frustrada. Era tan típico de su padre colocar esas pausas en sus mensajes. Era casi como escuchar su voz pausando en el medio de una oración.

Abrió sus ojos otra vez y miró la mesa frente a ella, y su ensalada. De repente, se sintió culpable de estar allí. Su familia en verdad la necesitaba en San Juanito, su negocio familiar, y ahora se sentía aun más culpable por haber comprado aquella ensalada. No la quería, pero no se hubiese podido quedar allí dentro si no consumía nada. Miró hacia la pared detrás de ella. Justo del otro lado, a casi un metro de distancia, el camarero de Solipsis Café estaba sentado en su escritorio, ajeno a su curiosidad. Un ataque directo habría sido demasiado fácil de detectar, y es por eso que necesitaba estar tan cerca. Ella no se había logueado a la red del café, estaba literalmente leyendo las señales inalámbricas mientras volaban por todo el lugar. Volvió a mirar la lista de pedidos, esperando que justo

la que necesitaba apareciera antes de que su padre perdiera la paciencia. Nada aún... Al menos su padre todavía no había descubierto su ubicación...

Estás en el centro? Jamás llegarás a tiempo.

Marisa miró el techo y sacudió la cabeza. Los localizadores de GPS eran parte de los controles parentales que sus padres habían habilitado cuando le compraron su djinni, tal como habían hecho con sus otros hermanos también. Marisa había eludido la mayoría de esos controles hacía años, pero debía tener mucho cuidado con las señales más obvias, como su ubicación, o sería muy fácil ser descubierta. Y sabía que sus castigos serían raudos y despiadados. Una vez, hasta habían llegado a apagar su djinni por completo, dejándola totalmente desconectada. Le dio escalofríos el solo pensarlo. Algún día, ella misma podría pagarse el plan y podría hacer todo lo que quisiera. Pero ahora eso estaba muy fuera de su alcance.

Apenas iba a poder pagar aquella ensalada.

No solo sé que estás en el centro, siguió su padre. Estás en Solipsis Café!

Lo sé, fue su respuesta.

Sus ensaladas cuestan diez yuanes cada una. ¡No podemos comer almuerzos de sesenta dólares!

¡Lo sé!

¿Utilizaste mi cuenta para pagar por eso?

Papí...

Vendrás a casa ya mismo, *muchacha*.

Y no puedo comerme esta ensalada?, disparó
Marisa. Me costó sesenta dólares!

Su padre no respondió durante unos segundos, y Marisa se lo imaginó despotricando en voz alta con quien fuera que estuviese lo suficientemente cerca como para escucharlo... Su madre, lo más probable, y alguno de sus hermanos que ya estuviera cumpliendo con su turno en el San Juanito. *Es decir, toda la familia*, pensó Marisa, porque solo Marisa-la-hija-problemática, sería tan mala persona como para escaparse durante la hora más concurrida del almuerzo un día sábado. Miró con desagrado su ensalada aún intacta. Luego, pinchó un pimiento con el tenedor y lo llevó de mala manera a la boca. Sus ojos se abrieron gigantes ante la sorpresa.

—*Santa vaca*, ¡esto es delicioso! —dijo en voz alta, y enseguida miró a su alrededor para ver si alguien la había escuchado. La mayoría de los otros comensales estaban con sus miradas perdidas en algún punto del espacio, leyendo o viendo algo en sus propios djinnis, pero un hombre aparentemente

de negocios la miró de forma extraña. Marisa se volvió a su ensalada, deseando poder hacerse un bollo y desaparecer.

Otro mensaje saltó en su djinni. Esta vez, el mensaje era de Sahara, la mejor amiga de Marisa y su compañera de equipo en los juegos de realidad virtual.

Dónde estás?

En el infierno, respondió Marisa.

No, ya busqué allí.

Sahara rentaba el apartamento ubicado encima del restaurante de la familia de Marisa, por lo cual le resultaba simple aparecer y desaparecer a su antojo.

Podría decirse que tu padre anda por allí escupiendo las uñas que se va comiendo.

Ten cuidado. Aparécete seguido y te pondrá a atender mesas.

No sería la primera vez que lo intenta.

Tu identificador no se ha movido, escribió el padre de Marisa. Por qué no estás moviéndote? Se suponía que estarías en el tren

a casa en ESTE INSTANTE. Acaso no fui lo suficientemente claro?

Marisa cerró el mensaje y volvió a echarle una mirada a la lista de pedidos.

Estoy en el centro, le dijo a Sahara. Probó otro bocado de su ensalada. Este es el puesto de vigilancia más costoso que jamás haya tenido pero, maldición, esto está delicioso!

Solipsis?

Claro.

Jamás he comido allí.

Un nuli mesero planeaba cerca de ella. Se trataba básicamente de un dispensador de agua fría con cuatro aspas y un sensor. El nuli apuntó el sensor al vaso de Marisa, decidió que necesitaba una recarga y echó un chorro de agua fría.

Estoy comiendo la ensalada de pimientos asados, envió Marisa, probando otro bocado. Los pimientos están bien... Debo admitir que los de papá saben mejor... Pero el aderezo de la ensalada es increíble.

Cuán increíble puede ser? Es solo un aderezo.

Marisa levantó la pequeña taza de plástico en la que había venido el aderezo y escurrió lo que quedaba sobre sus vegetales.

Es como si un koala bebé viese a su madre por primera vez y sus lágrimas de felicidad se deslizan por un arcoíris y luego unos ángeles besaran cada gota antes de colocarlas gentilmente sobre mi ensalada.

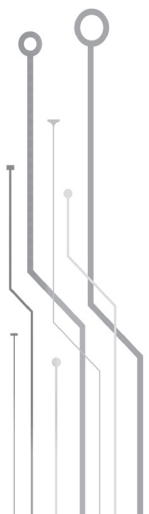
Esa es la descripción menos sanitaria de una comida que jamás haya oído.

Créeme. Come aquí una sola vez y querrás lágrimas de koalas bebé en todo lo que comas por el resto de tu vida.

14

Sigamos. Crees que podrás encontrarlo?

Marisa no dijo nada, mientras observaba la lista de pedidos una vez más. “Encontrarlo”. Hablaban de Grendel, un hacker que habitaba los rincones más oscuros de la red. Era un criminal, uno muy peligroso; aunque el interés de Marisa era algo un poco más personal. Observó su brazo izquierdo, completamente mecánico del hombro hasta la punta de los



dedos. Su verdadero brazo lo había perdido en un accidente de tránsito cuando tenía solo dos años de edad. La causa de ese accidente (increíble creerlo, pero en esa época los carros debían conducirse en forma manual) era solo una de las preguntas sin respuestas sobre aquel día. El misterio aún más grande era por qué había estado en ese carro tan particular después de todo. El carro de Zenaida de Maldonado, la esposa del jefe del crimen más importante de todo Los Ángeles. La mujer había colocado a dos de sus hijos y a Marisa en el asiento trasero. ¿Por qué Marisa había estado allí? ¿Por qué Zenaida había apagado el autopiloto? Y luego, cuando Zenaida murió en aquel accidente, ¿por qué su esposo había culpado al padre de Marisa?

Marisa jamás había conocido a alguien que asegurara conocer la verdad sobre lo que había sucedido quince años atrás, excepto Grendel. Ella y sus amigos lo habían contactado hacía unos meses, y Marisa había estado intentando ubicarlo desde ese entonces. Finalmente, lo localizó con una dirección IP. Era la única pista que tenía. Si iba a seguirla, debía estar aquí, en este momento, observando esos pedidos.

Hubo otro mensaje. Y otro.

Pero ninguno era el que ella esperaba.

Estarás lista para la práctica de esta noche?, escribió Sahara.

Debería, respondió Marisa, distraída. Si mi

padre no me quita mis privilegios de jugar Supramundo por haber faltado al trabajo.

Eres el corazón del equipo, exclamó Sahara, lo cual no era cierto, pero fue lindo que lo dijese. Marisa sonrió, sin quitar los ojos de la lista de pedidos. Apareció otro mensaje de su padre, pero lo cerró sin leerlo.

Quiero intentar una nueva estrategia esta noche, escribió Sahara. Doble Junglera. Te mantendrás en la cima, fingiendo que defiendes a Anja, mientras ella desciende para ayudar a Fang a deslizarse por las alcantarillas y destruir la bóveda enemiga de una manera más rápida y feroz.

He leído sobre algunos equipos europeos que lo han intentado, dijo Marisa. Pero esos siempre intentan ideas locas...

16

Se detuvo en mitad de la oración. Envío el mensaje sin pensar y concentró toda su atención en la lista de pedidos. Había uno que acababa de llegar de KT Sigán.

Sé que suena algo alocado, escribió Sahara, pero nunca sabes qué funcionará y qué no hasta que lo intentas.

Tengo uno, respondió Marisa. Parpadeó sobre el pedido y obtuvo los detalles.

Genial, respondió Sahara.

No importaba de quién había venido la orden, solo que era de un empleado de KT Sigán. Sigán era una de las compañías de telefonía más grandes del mundo y proveía de acceso a Internet a millones de personas alrededor del globo, incluyendo esa dirección IP que Marisa había conectado con Grendel. Si pudiera ingresar en su sistema, podría averiguar quién era y dónde se encontraba, no solo en la red sino también en el mundo real. Sería el salto más grande que había dado hasta el momento en su búsqueda. Pero hackear a una compañía internacional de telecomunicaciones no sería algo sencillo, y tampoco demasiado seguro, así que Marisa había decidido comenzar por el café: la seguridad cibernética allí era mucho más baja y, si era paciente, podría obtener muchísima información.

Como, por ejemplo, el código de seguridad de un empleado de Sigán que ordena su almuerzo.

Marisa leyó los detalles del pedido: provenía de alguien llamado Pablo Nakamoto, quien había ordenado una ensalada César con pollo y había dado por dirección el Puerto 9, en el tercer piso del edificio de KT Sigán. En algún lugar de la cocina del café, un chef estaba armando la ensalada y preparando el condimento que la acompañaría, y luego colocaría todo en una bolsa de plástico y un nuli delivery lo llevaría por las

calles hasta el Puerto 9, donde Pablo Nakamoto se lo comería dentro de su cubículo. Escondido detrás del pedido, había algo mucho mejor: su información financiera encriptada y el camino que su orden había recorrido en el servidor para llegar a destino. Eso último no estaba encriptado. Marisa siguió ese camino a la inversa y así llegó hasta la fuente, hallando no solo su identificador personal sino también el código de seguridad que el servidor había utilizado para procesarlo. Eran solo unos números, una gran cadena de unos y ceros... pero eso sería más que suficiente. Marisa lo usaría para loguearse en el sistema de KT Sigan, enmascarada como Nakamoto, y encontraría todo lo que necesitaba.

Otro ícono rojo saltó en su visión: era su padre llamándola otra vez.

Marisa apretó los dientes, echó una mirada a la información, desesperada por seguirla... pero la guardó en un archivo de notas y se desconectó del servidor del café. El servidor de Sigan seguiría allí esa misma noche, pero su familia la necesitaba ahora mismo. Guardó lo que quedaba de su ensalada, saboreó por última vez el delicioso aderezo y salió corriendo.

